

En la sección dedicada a las conclusiones Rosa Cobo retoma una pregunta que se había hecho al comienzo de su investigación: «¿el modelo político de sociedad y de individuo que postula Rousseau podría, con las adecuadas readaptaciones, incluir a las mujeres en calidad de sujetos de razón y, en consecuencia, de sujetos políticos?». La respuesta de la autora tras repasar las conclusiones de su investigación es negativa, y no es casual que lo sea. El estudio de Rosa Cobo muestra de modo paradigmático un fenómeno con el que se han topado investigadoras feministas en sus trabajos «deconstructivos» —por utilizar la terminología de Sandra Harding. En este tipo de investigaciones se pretende sacar a la luz el sesgo androcéntrico o patriarcal de determinadas teorías para, posteriormente, poder reformarlas, es decir, haciendo, por ejemplo, universales los conceptos en juego, aplicarlos a las mujeres, etc. Pero tras este primer paso

en la investigación muchas feministas han tenido que reconocer que en muchos casos era imposible ampliar el alcance de las teorías o aplicarlas correctamente porque ellas mismas estaban concebidas de un modo androcéntrico, sólo para los varones —como el concepto de democracia directa en Rousseau, en el estudio de Rosa Cobo— de tal modo que la cuestión no radica en reformar el edificio, sino en derribarlo para construir otro nuevo.

Digamos para terminar que Rosa Cobo —para continuar con la metáfora arquitectónica— no derriba todo el edificio, sino que salva los cimientos: la idea rousseauiana de libertad, de igualdad, su postulado de hacer un uso crítico de la razón... La autora concluye, no sin cierta ironía, que Rousseau «a su pesar» desarrolla un aparato conceptual que puede ser utilizado por las mujeres para defender su emancipación.

## EL PODER DEL AMOR

Alicia H. Puleo

ANNA JÓNASDÓTTIR, *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?*, Madrid, Cátedra, Col. Feminismos, 1993, 359 pp.

El libro que nos ocupa constituye un fruto sumamente interesante de la trayectoria del feminismo como teoría alimentada por un movimiento social en sus últimos 25 años de experiencias. Recordemos que el feminismo introdujo una nueva categoría fundamental en la teoría social y política, la categoría de sexo (o sexo-género).

Las transformaciones que la teoría de género puede introducir en la teoría política y la filosofía no están sino en sus comienzos. *El poder del amor* forma parte de los intentos más recientes de desarrollar una teoría sólida sobre las relaciones constitutivas del patriarcado moderno, de su mantenimiento y transformación.

Para poder apreciar la contribución de esta obra a la teoría política es necesario trazar previamente un esquema simplificado del pensamiento feminista que le precede y del cual parte. Los años sesenta y setenta de este siglo que ya acaba han

sido el escenario del retorno del feminismo. Después de «la vuelta a casa» de la posguerra, conseguido el voto, abiertas las puertas de los estudios superiores vedados en el pasado y primero ridiculizadas y luego olvidadas las luchas de las sufragistas que habían hecho posible el cambio, las mujeres de los países industrializados padecían «el mal que no tiene nombre». Betty Friedan supo describirlo señalando que su causa se hallaba en una «mística de la feminidad» de corte funcionalista y psicoanalítico generadora de alienación. Reconociendo su deuda con Simone de Beauvoir, Friedan exigía la universalización de los principios liberales para extender sus beneficios a las mujeres: libertad, autonomía, realización personal gracias al acceso a la esfera de lo público. NOW (National Organisation for Women) desarrolló la práctica política que se consideraba adecuada a partir de los análisis de su fundadora: ayudar a las mujeres a superar los límites estrechos del ámbito doméstico. Pero, por influencia de la New Left, a finales de los sesenta se manifestó el descontento de las más jóvenes en las propias filas de NOW. El feminismo de B. Friedan fue calificado de reformista y surgió un ala izquierda que consideró ineludible la crítica al sistema capitalista y al patriarcado conjuntamente. El lema «lo personal es político» significó en este contexto un análisis de las relaciones de dominación en el interior de la familia y de la pareja. Nombres clave de este feminismo son Shulamith Firestone y Kate Millet. A diferencia del feminismo marxista, el radical sostenía la existencia de un sistema específico de dominación del colectivo masculino sobre el femenino. Por lo tanto, la opresión de las mujeres no terminaba con el establecimiento del socialismo ni era causada únicamente por el sistema de producción capitalista.

En los ochenta, las feministas socialis-

tas intentaron enfocar el problema de la relación entre capitalismo y patriarcado desarrollando las llamadas teorías de los sistemas duales (*dual systems*). Así, Heidi Hartmann definía el patriarcado como un sistema de pactos entre varones que, en ocasiones, superaban la barrera de las clases para asegurar la continuidad de la dominación masculina. Esta definición hallaba su confirmación histórica en fenómenos tales como el entendimiento entre patronos y obreros en el siglo XIX con el objetivo de desestimar las reivindicaciones de igualdad de salarios entre los sexos y suplantadas por el salario familiar que facilitaba el retorno de las esposas de los trabajadores a su rol de amas de casa. El feminismo materialista ha desarrollado teorías de la construcción del género (Juliet Mitchell, Chodorow) y teorías de la ideología que se interesaban por la socialización de la infancia de acuerdo a las normas y estereotipos de género. También ha generado teorías de la producción de la existencia (Iris Young, Heidi Hartmann). Christine Delphy aplicó el materialismo dialéctico a la relación entre los sexos intentando probar que las mujeres constituían una clase en tanto estaban sometidas a un mismo tipo de explotación no denunciada por el marxismo: el trabajo doméstico no remunerado.

La nórdica Jónasdóttir también considera que el materialismo histórico proporciona claves explicativas válidas del funcionamiento del patriarcado (adopta la perspectiva realista emparentada con los trabajos de T. Ball, J. Farr, T. Carver y P. Thomas). Se separa de los intentos feministas materialistas anteriores al señalar que un auténtico análisis materialista exige tanto el abandono de un economicismo estrecho como la adopción de un nuevo objeto privilegiado de estudio. Su objetivo es dar los primeros pasos de una teoría que recoja las aportaciones del feminismo

radical y del socialista, evitando los errores y colmando las deficiencias de ambos.

Examinemos las dos exigencias teóricas citadas. Sostiene Jónasdóttir que el feminismo socialista (en cuyas filas se ha formado ella misma) continúa —a pesar de reconocer una opresión específica de género— atrapado en los planteamientos marxistas al operar exclusivamente con la categoría de «trabajo». Esta fijación en las relaciones laborales se debe, según la autora, a una confusión corriente entre «material» y «económico».

Para pasar de la categoría de opresión (de carácter psicológico e ideológico) a la de explotación, dando una base material específica a la teoría del patriarcado contemporáneo, propone concentrar la atención analítica en las relaciones entre hombres y mujeres adultos. Los interrogantes suscitados por la situación actual de las mujeres en las democracias occidentales orientan su investigación. El conocimiento que posee de la sociedad de los países nórdicos otorga particular interés a sus planteamientos, ya que éstos surgen de Estados del Bienestar que han contribuido considerablemente a la promoción de las mujeres. Afirma Jónasdóttir que, conseguida la igualdad formal, subsiste el «techo de cristal» y continúa la posición de desventaja femenina aun en los casos en que se ha solucionado la cuestión del reparto del trabajo doméstico y de la crianza de los hijos y las mujeres son económicamente independientes. ¿En qué reside entonces la relación material básica que perpetúa al patriarcado? La respuesta será la sexualidad, definida como ámbito teórico básico del feminismo en tanto proceso social específico o sistémico que organiza la capacidad sensual y la fuerza creativa del amor humano.

El concepto de amor entendido como prácticas de relación socio-sexuales —es decir, no sólo emociones y estados psico-

lógicos reducidos a la mente del que los experimenta— será el concepto analítico central del materialismo histórico feminista. Este concepto es analizado en sus dos componentes: éxtasis (del placer sexual) y cuidado (del otro, niño o adulto). El amor es concebido como «poder humano alienable y con potencia causal, cuya organización social es la base del patriarcado contemporáneo» (p. 311). El patriarcado se revela, de esta manera, como un modo de producción de personas.

Aplicar a la producción y reproducción de personas la categoría de «trabajo» con su característico significado de instrumentalización es, según Jónasdóttir, una extensión incorrecta de este concepto. El patriarcado contemporáneo —en tanto sistema matrimonial— se basa en la explotación del poder productivo del amor. Existe una similitud estructural entre la relación capital-trabajo que conduce a la explotación de la plusvalía y la relación autoridad masculina - amor. En las sociedades modernas, tanto el contrato de trabajo como el de matrimonio son relaciones supuestamente libres que dependen del consentimiento de las partes. Sin embargo, el trabajador se ve impelido por una compulsión económica a suscribir una relación de explotación. También el encuentro amoroso entre un hombre y una mujer, dada la existencia de una jerarquía de género, tiene lugar en una situación de desigualdad. El varón llega a ella dotado de autoridad masculina, reconocido como persona de una manera que no le es concedida a la mujer. Y, por lo general, en la misma relación amorosa, la inversión femenina será mayor. No estará retribuida en la misma proporción. Se produce así un desequilibrio en el traspaso de una energía vital para la afirmación de la persona en todos los ámbitos. La totalidad de las relaciones interpersonales de la sociedad se halla influida por el modo en que

se relacionan las personas como sexos. El vínculo matrimonial de la Modernidad que define a los participantes en el intercambio heterosexual también está presente en los demás contextos sociales, no sólo en el ámbito doméstico.

En este poder del amor y en su explotación reside la experiencia común y la base para la lucha de las mujeres más allá de todas las diferencias de clase, raza y cultura que hoy en día tanto se subrayan para deslegitimar una teoría general del patriarcado.

Jónasdóttir no pretende negar o subestimar la existencia de importantes razones de división entre las mujeres. Pero afirma que la sociedad es «primordialmente» un entramado de relaciones entre los sexos ya que son éstos —entendidos siempre, por supuesto, como sexos sociales— quienes generan la especie. En este sentido, la categoría de sexo tiene un rango teórico diferente a la de raza. Con respecto al sexismo, el racismo tiene un carácter secundario, ya que no está basado en una relación estructural comparable a las de sexo y clase. Esto significa para la autora que en el nivel de teoría básica puede tratarse el sexo-género de manera aislada. Los estudios empíricos, en cambio, han de tener siempre presente la continua interrelación de los distintos tipos de opresión. El concepto de «patriarcado», nos recuerda, es similar al de «sociedad de clases»; posee un alto grado de abstracción propio del «nivel más general de la teoría» (p. 323). No suministra detalles sobre una sociedad determinada sino que facilita el marco adecuado desde el que hacer las preguntas a una realidad social dada.

La elección de las relaciones entre mujeres y hombres adultos como objeto privilegiado de estudio le fue sugerida por la lectura de uno de los capítulos más relevantes de *La dialéctica del sexo* (1970) de la feminista radical Shulamith Firestone:

el capítulo dedicado al amor. Firestone analizaba con agudeza el desencuentro amoroso producido por la jerarquía de los sexos y llegaba a afirmar que este amor alienado y alienante constituía una de las bases del patriarcado moderno. Jónasdóttir considera que esta observación de importancia fundamental no fue recogida ni desarrollada por la investigación posterior. El feminismo radical tomó otros derroteros y, aunque siguió prestando atención a la sexualidad, sólo la abordó bajo la forma de la violencia (Mac Kinnon, por ejemplo) sin estudiarla adecuadamente en su forma abrumadoramente mayoritaria en la actualidad: las relaciones heterosexuales consensuadas en las que se produce libremente un intercambio amoroso.

Vemos, pues, que *El poder del amor* enlaza dos tradiciones de pensamiento feminista, la radical y la socialista, aplicando el materialismo histórico expurgado de economicismo al ámbito privilegiado por las feministas radicales: el amor y la sexualidad. Como la misma autora señala, de los tres aspectos del estudio del patriarcado —antropológico, histórico y social— su libro se dedica principalmente al tercero. Sin embargo, en diálogo con Carole Pateman, realiza interesantes apuntes sobre el surgimiento y la fundamentación del patriarcado moderno con los teóricos del contrato. En el capítulo octavo, a través de un análisis de textos de Hobbes y Locke, sostiene que el argumento de la utilidad en tanto complementariedad de los sexos ha sustituido en su hegemonía al argumento de la inferioridad de las mujeres propio de las sociedades estamentales. El utilitarismo aparece así como la «fuerza ideológica que respalda al patriarcado moderno» (p. 318). Señalemos finalmente que a pesar de que el argumento de la complementariedad para introducirse en las instancias de poder político es a menudo tentador por su fácil aceptación, Jónasdóttir

tir aconseja no recurrir a él. A su juicio, las estrategias feministas deberán ser construidas sobre un análisis de los intereses de las mujeres en la sociedad actual concebida como «sociedad de elección» y no sobre el concepto de diferencia que resta importancia a las relaciones de poder en juego. El libro termina con un llamamiento a la unidad en la pluralidad y aboga por un continuo femenino-feminis-

ta que combine la solidaridad entre mujeres con alianzas de feministas de distinto signo, con simpatizantes masculinos y con políticas de acción positiva gubernamentales. Sólo la suma de actuaciones parciales y conjuntas podrá transformar las estructuras socio-sexuales de poder y permitir el advenimiento de una sociedad más justa y democrática para todos sus integrantes.

## DIEZ PALABRAS CLAVE SOBRE MUJER

Stella Villarrea Requejo

CÈLIA AMORÓS (dir.), *10 palabras clave sobre mujer*, Estella, Verbo Divino, 1995, 371 pp.

Sin duda, son muchos los que aún se preguntan qué es el feminismo, y los que no siempre tienen clara su necesidad. Pues bien, este libro es una ocasión excelente para comenzar a enterarse. Quienes sí están convencidos de que una reflexión sobre la situación histórica y actual de la mujer en la sociedad es pertinente, disfrutarán con la lectura de esta obra, puesto que es un buen ejemplo de la enorme fertilidad teórica y práctica del feminismo.

*10 palabras clave sobre mujer* es el resultado de los estudios de un equipo de investigación formado por mujeres feministas y dirigido por CÈLIA AMORÓS, que hace suyo el lema ilustrado *sapere aude* («atrévete a saber») y lo vincula con la máxima «saber es poder». El objetivo de sus investigaciones es doble: realizar un análisis de la realidad sólidamente argumentado y proponer estrategias de cambio de esa misma realidad. En la convicción de que la lucha por

la igualdad de la mujer es una tarea colectiva, estas investigadoras se asocian para construir un discurso teórico que ofrecen a sus lectores con la intención de que sirva de revulsivo de la realidad. Que la sociedad requiere un profundo cambio, es algo que queda claro tras leer la descripción crítica que desde estas páginas se hace de la discriminación de las mujeres a lo largo de la historia y que llega hasta nuestros días.

Está claro que difícilmente se puede contribuir a cambiar la sociedad, si las razones para fomentar la transformación no se entienden. En este sentido, es un logro notable de las autoras de este libro haber sido capaces de explicar con una gran claridad dónde residen los problemas, cuáles pueden ser las vías para solucionarlos, y cuáles las dificultades con las que habremos de enfrentarnos. Ese esfuerzo por explicar la racionalidad del discurso feminista logra que el libro resulte atractivo al lector no iniciado. Por lo demás, la claridad expositiva no ha impedido alcanzar una gran altura teórica. Una muestra de esta calidad es la coherencia que los artícu-